

Fig. 17. Mortalidad femenina en las parroquias de Antón, Penonomé, Parita y Los Santos: 1720-1899.

al 80% de todas las enfermedades registradas entre los trabajadores de la vía interoceánica y las muertes relacionadas con el clima alcanzan porcentajes aún más altos. Con la disminución de los trabajos de construcción, la mortalidad en la ciudad de Panamá desciende a los niveles que encontramos de costumbre en el resto del país durante el siglo XIX, comprendidas entre 30 y 50 por mil, y la proporción de enfermedades vinculadas con el medio ecológico entre la fuerza laboral del canal francés desciende a cifras comprendidas ente 20% y 30%, y la mortalidad «climática» a sólo 5% a 10% del total, en particular después de 1897. Sin embargo, a pesar de una alta mortalidad en períodos más «normales» que supera ampliamente las tasas europeas de la época (entre 30 y 35 por mil en España²³³ de 1881 a 1890, de 20.5 por mil para la ciudad de Londres²³⁴ y de 30 por mil para los barrios pobres de París²³⁵ en 1886) se encuentran médicos y jefes de expediciones científicas para quienes «el clima no es tan insalubre como generalmente se supone y que es posible residir aquí durante muchos años sin serias dificultades».²³⁶ Encontramos una

²³³ Jordi NADAL, op. cit., p. 132, gráfico 12.

²³⁴ Louis CHEVALIER, *Classes Laborieuses et Classes Dangereuses*, París 1958, p. 407.

²³⁵ M. REINHARD, A. ARMENGAUD y J. DUPAQUIER, op. cit., p. 353.

²³⁶ O. SELFRIDGE, citado por James S. SIMMONS, y otros, op. cit., p. 13.

opinión análoga en el doctor Linnaeus Füssel²³⁷ quien declara que «residentes en el Istmo... incluyendo los diferentes médicos, son unánimes en aseverar que el (clima) no es insalubre», lo cual está de acuerdo, según su testimonio, con las estadísticas del servicio médico del Ferrocarril de Panamá. Datos estadísticos y testimonios literarios hasta cierto punto contradictorios que corresponden sin duda a una diferencia de percepción de la morbilidad y de la mortalidad. La alta mortalidad endémica no sorprende, parece normal, mientras que sólo se destaca, por contraste, la hipermortalidad de los períodos de hacinamiento de extranjeros. En efecto, la influencia del medio natural en la morbilidad y en la mortalidad del Istmo en el siglo XIX se explica por una mayor predisposición de los organismos de poblaciones extranjeras, no inmunizados contra los agentes patógenos tropicales. Además, las condiciones higiénicas²³⁸ de las aglomeraciones de viajeros y trabajadores son también responsables de una mayor incidencia de enfermedades en ciertos períodos y en ciertas regiones. Así, la sabana se considera más salubre y por ejemplo en «la pequeña ciudad de David y particularmente en Dolega, Boquerón, Bugaba, Remedios, etc., aparece la fiebre intermitente, sólo en forma leve».²³⁹ No obstante habremos de encontrar una cierta correlación entre la frecuencia de algunas enfermedades tropicales y los cambios climáticos, tanto estacionales como regionales.

La distribución estacional de las defunciones es, en el territorio del Istmo de Panamá, bastante desigual. Los habitantes de Panamá no mueren igualmente durante los diversos meses del año y las causas de muerte así como la frecuencia de ciertas enfermedades no conoce, al mismo tiempo, igual intensidad en todas las regiones del Istmo. De costumbre se produce un aumento de la mortalidad durante la estación de las lluvias. «Dos son las estaciones que se conocen en este clima...La del verano empieza en Diciembre hasta fines de Abril... y se goza de salubridad regular; y la de invierno dando principio en Mayo con las lluvias, continúan estas sucesivamente, siendo más violentas y copiosas en los meses de septiembre, octubre y noviembre en el que regularmente terminan..., en ellos se experimentan toda clase de fiebres y catarros perniciosos, que degeneran fácilmente en dolores de costado».²⁴⁰ De esa manera nuestro testimonio literario de fines del siglo XVIII nos dibuja, sucintamente, un cuadro de la morbilidad estacional que los archivos parroquiales primero y luego los registros de defunciones para la región transistmica que se inician²⁴¹ en 1881 nos habrán de precisar cuantitativamente y que informaciones meteorológicas recogidas durante el siglo XX nos ayudarán a comprender mejor. El Istmo de Panamá, al estar situado entre los 7 y 10 grados de latitud Norte, y al no encontrarse ningún punto de su territorio a una distancia mayor de los 50 kilómetros del océano más próximo, ya sea el Pacífico o el Atlántico, presenta un clima tropical marítimo, característico de las bajas latitudes intertropicales, con temperaturas moderadamente altas y relativamente constantes de 28°C de promedio, lo mismo que una fuerte humedad, siendo la relativa de 85% a 95% durante la estación de lluvias y de 50% a 60% a lo largo de la estación seca. De tal forma, la temperatura promedio en las regiones litorales se sitúa alrededor de los 26°C a 28°C, con una amplitud anual máxima de 5°C (raramente alcanzada) y una ampli-

²³⁷ *Ibidem.*

²³⁸ Fenómeno observado comúnmente por los cronistas del siglo XIX. Ver C. D. GRISWOLD, op. cit. y Wolfred NELSON, op. cit.

²³⁹ Moritz WAGNER, op. cit., p. 175.

²⁴⁰ **B. P. R. M.**, Sección Manuscritos, Miscelánea Ayala, tomo 67, signatura 2895, *Descripción Sucinta del Reyno de Tierra Firme.*

²⁴¹ Según los datos de W. C. GORGAS, op. cit..

tud diurna máxima de 14°C (también en casos rarísimos). Generalmente la temperatura máxima diurna llega hasta los 32°C a la sombra y la mínima desciende a 25°C en la madrugada. Sólo en muy limitadas porciones del territorio ístmico, cuya colonización en su forma actual es una obra de los últimos cien años, se conocen temperaturas menores, propias de las tierras altas tropicales, que en ningún caso llegan al punto de congelación (como de costumbre se desciende un grado centígrado cada 200 metros, sólo se baja 11 grados centígrados de promedio entre la costa y los valles situados a 2,200 metros de altitud, límite del poblamiento en las tierras altas, en Cerro Punta)²⁴².

Más aún que a la temperatura, tocará a la precipitación, a las lluvias tropicales, tener una influencia decisiva en la variación estacional de las condiciones bioambientales en el Istmo. Sin embargo hay que aclarar que, en lo que se refiere al régimen de precipitaciones pluviales, el Istmo de Panamá no es un territorio homogéneo. Encontramos, grosso modo, una región muy húmeda, con precipitaciones cuyo promedio anual es superior a los 2,500 mm. llegando hasta los 4,000 mm. y máximas de 6,000 mm. ciertos años, con un tipo climático «Am» de la clasificación de Köppen, en donde la estación seca se reconoce apenas. Esta región cubre cerca del 64% de la superficie del país, siendo la mayor parte la menos habitada por cierto, la costa atlántica y las regiones montañosas de la cordillera central, las serranías del Majé hasta la costa y del Pirre, en el Darién, el litoral del golfo de Montijo, incluyendo Mariato, el litoral del golfo de Chiriquí alrededor de Remedios y la isla de Coiba. Luego tenemos una región situada sobre la curva de nivel de los 700 metros, con un clima de altitud tipo «Cw» que cubre aproximadamente 10% del país. Finalmente, encontramos la región de las sabanas del Pacífico, con precipitaciones inferiores a los 2,500 mm. anuales de promedio, situada en las tierras bajas y llanuras litorales del sur, que corresponde al tipo de clima «Aw», con una estación seca bien definida. Seguramente es a esta última región, en donde se concentra prácticamente todo el poblamiento colonial y aún la mayor parte del actual, a la que se refería nuestro cronista de fines del siglo XVIII, de 1794. En esta región de sabanas se advierte más claramente la influencia de la migración del frente de convergencia intertropical, cuyos movimientos provocan las desigualdades estacionales de las precipitaciones en Panamá que se acentúan, regionalmente, gracias a la orografía local.²⁴³ En ello es importante la función de barrera que adquiere la cordillera central de las masas cargadas de humedad que vienen del Caribe, en especial en las sabanas centrales de la vertiente del Pacífico, de Veraguas, Coclé, Herrera y Los Santos, mediante el fenómeno que llamamos de la «sombra eólica» en forma de medialuna alrededor del golfo de Parita, desde Chame hasta Pedasí y Tonosí, creando una región mucho más seca, con promedios de pluviosidad anual alrededor de los 1,000 mm. a 2,000 mm., que se incrementa desde el litoral hasta las cumbres de la cordillera (en donde alcanza hasta los 3,000 mm.) entre 20 a 50 kilómetros tierra adentro, siguiendo el contorno general de las curvas de nivel que manifiestan la particular topografía regional. Fenómeno

²⁴² Sobre el clima panameño y sus clasificaciones regionales ver, en particular, **el Atlas de Panamá**, 1965, lámina 11 y comentario de Ángel RUBIO. Igualmente, **Atlas Nacional de la República de Panamá**, tercera edición, Panamá 1988, pp. 38-48.

²⁴³ La circulación de los vientos sobre el Istmo de Panamá y la distribución del año en dos estaciones son causadas por la existencia de dos grandes centros de acción atmosféricos. El uno es la zona de altas presiones llamada de las Azores, desde donde soplan los vientos alisios del NE, los más comunes; el otro es el Cinturón de Calmas Ecuatoriales. Los dos centros de acción son condicionados por la declinación solar, movimiento del planeta que provoca la traslación aparente del sol en el sentido de los paralelos con dos pasos cenitales de la estrella sobre Panamá, ocasionando de esta forma dos estaciones, la lluviosa y la seca que difieren por sus vientos, humedad, nubosidad y lluvias.

% DE VARIACION ALREDEDOR
DEL PROMEDIO MENSUAL

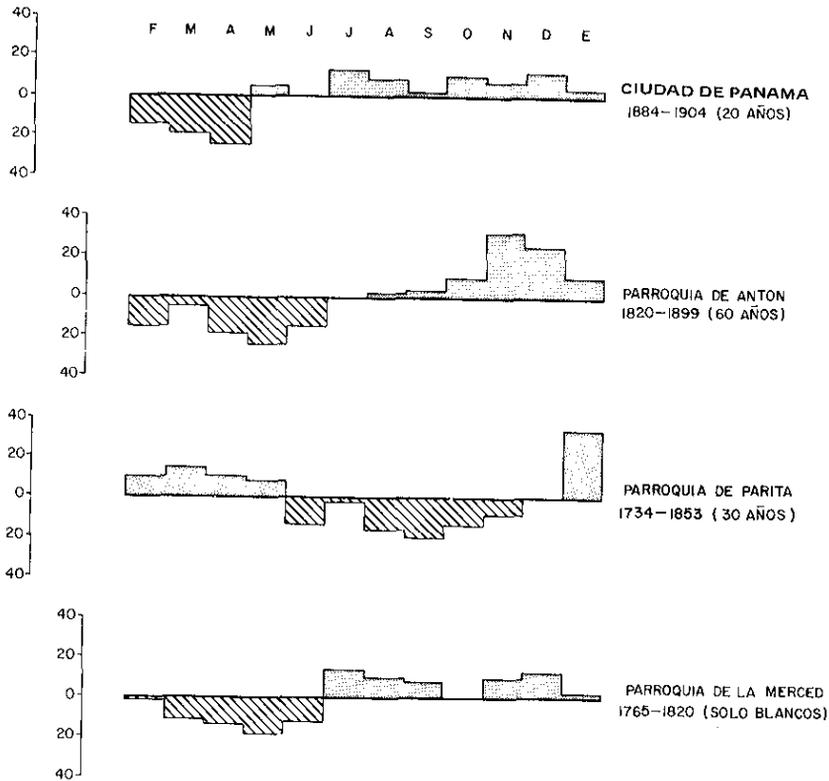


Fig. 18. La mortalidad estacional en la ciudad de Panamá y en las parroquias de La Merced, Antón y Parita: siglos XVIII y XIX.

semejante aunque a escala menor advertimos también en otras regiones de la vertiente del Pacífico, en la más estrecha llanura litoral de Chepo a Chame en la provincia de Panamá; en el más amplio centro de las depresiones tectónicas del Darién, alrededor del golfo de San Miguel y en Garachiné; y en la estrecha llanura chiricana con su centro en David.

La relación entre las diversas estaciones y las enfermedades es evidente para los observadores de la morbilidad y de la mortalidad en el Istmo, buscándose rápidamente un vínculo causal con el clima. Sobre todo con ciertas enfermedades, aquellas que, durante ciertos períodos, causan el mayor número de víctimas y que se oponen a lo que algunos autores han llamado las enfermedades europeas.²⁴⁴ Entre las primeras hay que reconocer las fiebres palúdicas, la fiebre amarilla y las disenterías. «De algunos años a esta parte se han ido radicando también unas disenterías malignas, que causando grandes estragos y reproduciéndose periódicamente por la estación del Invierno se han llegado a constituir en un grado, y clase de formales epidemias»²⁴⁵ añade nuestro cronista del siglo XVIII. A

²⁴⁴ Según H. L. ABBOT, op. cit.

²⁴⁵ B. P. R. M., Sección Manuscritos, Miscelánea Ayala, tomo 67, signatura 2895, «Descripción Sucinta del Reyno de Tierra Firme...»

mediados del siglo XIX «Por lo común prevalece la disentería y la diarrea durante la estación lluviosa... Nada es más favorable para el desarrollo de estas enfermedades que el simple cambio de temperatura...»,²⁴⁶ tema que se repite, casi palabra por palabra, a fines del XIX: la «disentería y la diarrea por lo común prevalecen durante la estación lluviosa»²⁴⁷ declara un autor, cuya afirmación habrá de ser confirmada por los datos estadísticos recogidos en la ciudad de Panamá durante las dos últimas décadas del siglo que indican un recrudecimiento de la mortalidad por disenterías localizado por cierto en la estación de lluvias (mayo, junio, julio y agosto, además de enero) aunque los meses de mayores lluvias exhiban tasas de mortalidad por disentería inferiores al promedio mensual.

El desenlace fatal de los «*catarrhos perniciosos*»²⁴⁸, el final de la tuberculosis y hasta de pulmonías, también conocerá un recrudecimiento durante los meses de la estación de lluvias, desde julio hasta enero. Sin embargo, ni en el caso de las disenterías ni en el de la tuberculosis, la influencia del clima es tan neta, tan abrumadora como en el caso del más temible enemigo del habitante del Istmo hasta principios del siglo XX, las fiebres palúdeas. Ello es tanto más cierto cuanto que el vector de la enfermedad, el mosquito anofeles, encuentra condiciones ecológicas ideales para su desarrollo en casi todo el territorio del Istmo de Panamá. Pero tales condiciones divergen sensiblemente en muchas partes según la estación, según el régimen de lluvias y según las condiciones microlocales del relieve y del drenaje que propician la formación de condiciones óptimas para el desarrollo del vector. ¿Podría esta disimilitud de condiciones explicar la desigual repartición de la mortalidad, condición última y fatal de la morbilidad, en varias regiones del Istmo? Interrogante delicada, cuya respuesta sólo podrá ser planteada a manera de hipótesis, dada la falta de datos suficientes que nos permitan arribar a certidumbres definitivas.

La distribución mensual de la mortalidad en el territorio ístmico exhibe diferencias a veces apreciables y estructuras tan opuestas en regiones semejantes cuya explicación ha de tener en cuenta la desigualdad de condiciones geográficas locales. Por ejemplo, el comportamiento estacional de la mortalidad en la parroquia de Parita durante los siglos XVIII y XIX diverge sensiblemente del comportamiento de la mortalidad observado en los otros ejemplos mencionados. En efecto, durante los meses de estación seca encontramos en Parita los más altos índices de mortalidad del año. Ellos son superiores al promedio mensual desde enero hasta mayo inclusive, según un muestreo que cubre períodos quinquenales que suman 30 años de 1734 a 1853. Si buscamos la explicación de este comportamiento opuesto al «normal» en el Istmo en la frecuencia de fiebres palúdeas, tendríamos que considerar el peso de las condiciones microlocales y en particular de pluviosidad, hidrografía y drenaje. La parroquia de Parita ocupa, sobre todo, una serie de terrazas aluviales recientes y antiguas con depresiones que recogen fácilmente el agua de las lluvias. Durante la estación húmeda, el drenaje natural hace circular con facilidad las aguas, pero durante la estación seca el agua se estanca creándose así las condiciones favorables para la eclosión de los mosquitos maláricos.

Al contrario, en la parroquia de Antón, situada también en la sabana central de Panamá, el comportamiento estacional de la mortalidad, bastante contrastado por cierto, sigue el patrón de las relaciones históricas: una mortalidad tanto más alta cuanto que el mes es más lluvioso, alcanzando las máximas en noviembre y diciembre, lo mismo que un

²⁴⁶ C. D. GRISWOLD, op. cit.

²⁴⁷ Wolfred NELSON, op. cit.

²⁴⁸ C. D. GRISWOLD, op. cit., p. 121. «En ningún lugar había visto desarrollarse la tisis con más rapidez; en verdad de esta enfermedad los naturales mueren muy a menudo».

índice de mortalidad considerablemente más bajo en los meses de febrero a junio, situándose los extremos entre +32% (noviembre) y -24% (abril) alrededor del promedio mensual durante un período de 60 años, de 1820 a 1899 (3,076 defunciones registradas). En la ciudad de Panamá, la estructura de la distribución estacional de la mortalidad es sensiblemente la misma que en Antón, aunque el contraste entre las más altas y las más bajas mortalidades sea menor; durante el período de 20 años de 1884 a 1904 (29,160 defunciones) cuando registramos diferencias extremas del promedio mensual para el período comprendidas entre +13% (agosto) y -24% (abril). Esta constatación nos sugiere un comentario sobre las diferencias climáticas que tienen significación entre las dos regiones y, en general, entre las diversas localidades del Istmo. La ciudad de Panamá se encuentra situada en la frontera entre la sabana y la pluviselva tropicales con un promedio anual de precipitaciones de 1,851 mm., mientras que Antón, con un promedio anual de 1,520 mm., se encuentra en medio de la sabana más seca. De esta manera podemos comprender un poco mejor que el comportamiento de la mortalidad en la ciudad de Panamá que corresponde al período de lluvias se inicia más temprano que en Antón, prácticamente con dos meses de adelanto. No es sorprendente, además, que la distribución mensual de las precipitaciones registradas en la estación meteorológica más cercana a la ciudad de Panamá, en Balboa,²⁴⁹ de 1898 a 1920, concuerde bastante estrechamente con la distribución mensual de las defunciones en esta ciudad a fines del siglo XIX. El mismo comentario vale para Antón y posiblemente otras investigaciones lo confirmen para otras parroquias que tengan datos suficientes y confiables.

Todas estas diferencias más o menos sutiles que aparecen en los comportamientos locales de la mortalidad vinculados estrechamente con la pluviosidad según los movimientos de mediana y larga duración, medidos en promedios que toman en consideración varios decenios por lo menos y órdenes de magnitud considerables, se habrán de revelar, también, en la distribución a nivel de cada año, de cada mes. En la ciudad de Panamá las tasas de defunción mensual durante cada uno de los años del período estudiado señalan algunas constantes: sólo durante los meses de mayor pluviosidad, de octubre y noviembre, son de costumbre más altas y en los meses de febrero, marzo y abril, son casi siempre las más bajas. Durante el resto del año, las variaciones de un año para otro de las tasas mensuales de mortalidad son significativas. De la misma manera que son significativas las variaciones de la pluviosidad durante esos mismos meses que hemos observado en los registros meteorológicos del siglo XX. Podría quizás argüirse que tales tasas mensuales estimadas para la ciudad de Panamá pueden contener errores por el cálculo de la población de base. Sin embargo, las mismas tasas calculadas para el contingente de empleados de las empresas francesas que construyen el canal interoceánico y que por lo tanto conocen con precisión sus efectivos en un momento dado, indican la misma tendencia. Pero un mayor contraste estacional en la mortalidad y en la morbilidad de la ciudad de Panamá y de los trabajadores de las obras del canal francés aparece en los años de mayor actividad, cuando las poblaciones transístmicas están más en contacto con las regiones rurales y selváticas del istmo central de Panamá. Al contrario, después de 1889 este contraste estacional es, año por año, menos evidente, no siendo enteramente raro que en los meses de estación seca se produzcan tasas relativamente elevadas de enfermedad y muerte en com-

²⁴⁹ Según el promedio mensual de precipitaciones pluviales calculado para 21 años, que aparece en el **Annual Report of the Governor of the Panama Canal**, Washington 1920, p. 95, cuadro. También aparecen los promedios mensuales, para Gamboa, de 1882 a 1919 y, Colón, de 1870 a 1919.

paración con los meses más lluviosos del año, lo cual no vemos en la parroquia de Antón. Aparece así el cuadro de una originalidad regional en lo que se refiere a la enfermedad y a la muerte vinculada con los fenómenos y coyunturas locales de los trabajos de construcción de un canal interoceánico.

Mortalidad transístmica y mortalidad urbana (1880-1920)

En ninguna parte del Istmo se producen los intensos trastornos en la mortalidad como en la región del paso transístmico y particularmente en las ciudades terminales, durante la época de construcción del canal interoceánico.

La ciudad de Panamá contiene, en 1880, una población estimada en 19,000 habitantes²⁵⁰ y cerca de 25,000 hacia 1885-1887, años de máximo poblamiento²⁵¹ en el siglo XIX, cifra que habrá de alcanzar nuevamente en el año de 1900, después de una disminución que la lleva otra vez a cerca de 20,000 a 22,000 habitantes entre 1888 y 1895. Sin embargo, frente a variaciones de población que sólo se refieren a un 25% cuando más entre las dos fechas extremas, las desigualdades en sus tasas de mortalidad alcanzan, en el período, oscilaciones que superan el 100%, situándose los extremos entre 37 por mil y 95 por mil aproximadamente.²⁵² Estas variaciones no son el resultado, salvo el año de 1902, de una epidemia fulminante. Durante la época de construcción del canal francés podemos observar un período de cinco años (1884-1888) que presenta altísimas tasas de mortalidad endémica en la ciudad de Panamá (más de 80 por mil anual) al cual sucede otro período de seis años cuando las tasas de mortalidad descienden a niveles más comunes en el resto del país, cercanas a los 40 por mil anual. De nuevo se inicia un aumento lento pero seguro de la tasa de mortalidad hasta 1907 sin alcanzar, no obstante, los puntos máximos de principios del período.

La descripción que acabamos de hacer del comportamiento de la mortalidad urbana puede servirnos también para describir las variaciones de los efectivos empleados en los trabajos del canal francés, en su mayor parte reclutados en el extranjero. La mortalidad epidémica de la región del paso transístmico es, en este fin del siglo XIX, un producto de importación. Pero precisemos: de importación de víctimas propicias a sufrir los ataques de la disentería, de la fiebre amarilla, de la malaria, de las afecciones pulmonares, la tuberculosis y la neumonía. Entre los empleados de las compañías del canal francés que han muerto en el Istmo, la tuberculosis y la neumonía son los responsables, durante todo el período de 23 años, de 15% de los decesos, alcanzando en algunos años hasta el 27% del total.²⁵³ La disentería, la fiebre amarilla y sobre todo la malaria, enfermedades más típicamente tropicales, van a segar un 47% de las vidas de estos empleados fallecidos y en algunos años hasta el 66%. Los gérmenes de las afecciones palúdicas, intestinales o pulmonares que hemos mencionado encuentran, en una población ampliamente extranjera, aún más víctimas: ellas matan a un 62% de los empleados muertos durante las obras del canal francés, elevándose el porcentaje a las mayores magnitudes durante las épocas de mayor

²⁵⁰ Según James S. SIMMONS y otros, op. cit., p. 17, figura 1.

²⁵¹ Según G. de MOLINARI, op. cit., periodista quien acompañó a Ferdinand de Lesseps en su viaje a Panamá en 1886, estima la población de la ciudad comprendida entre 25,000 y 30,000 habitantes.

²⁵² *Ibíd.* Hemos corregido las tasas de mortalidad de 1883 a 1888 en base a datos sobre la población estimada de la ciudad de Panamá obtenidos en otras fuentes.

²⁵³ Según la explotación estadística de los datos ofrecidos por W. C. GORGAS, op. cit.

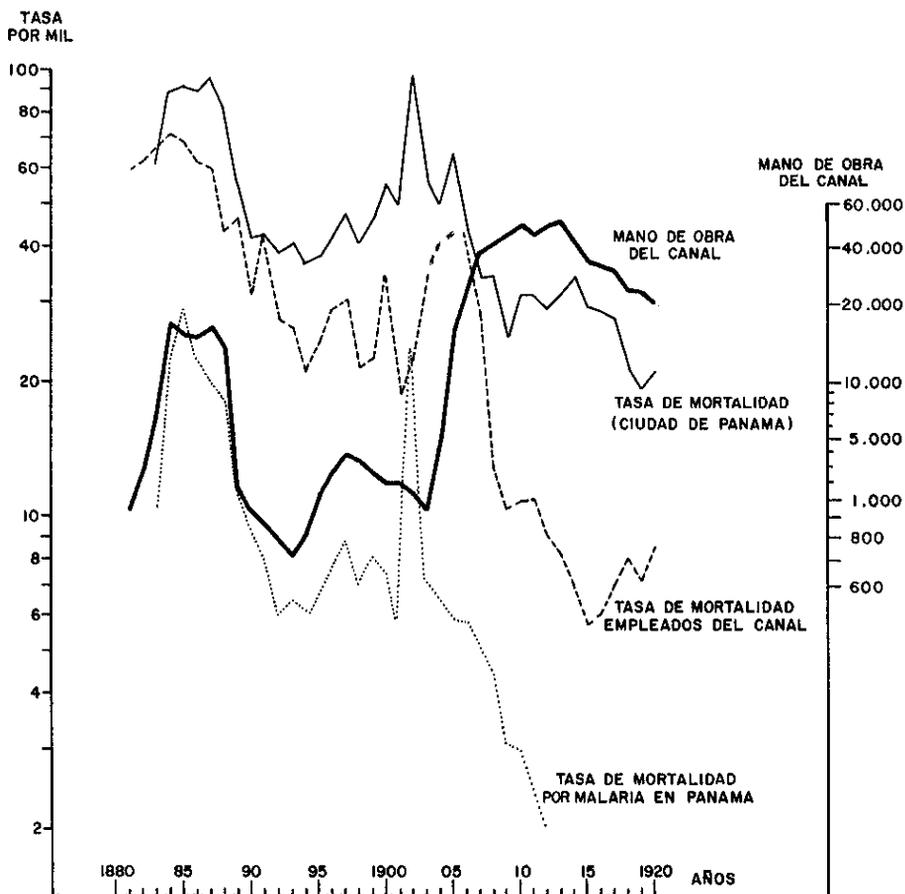


Fig. 19. Las tasas de mortalidad en la región transístmica de 1880 a 1920.

actividad cuando se registran hasta 71% del total de difuntos por fiebre amarilla, malaria, disentería, tuberculosis y neumonía. Al contrario, entre los habitantes de la ciudad de Panamá,²⁵⁴ relativamente más arraigados en el país, el porcentaje sólo alcanza, en el peor de los casos, el 41%. Tocar á la malaria la responsabilidad del 20% de todos los decesos registrados en la capital durante el período de construcción del canal francés. El vínculo tan estrecho entre malaria y muerte transístmica se advierte con toda nitidez en el análisis de las tasas de defunción por malaria entre los empleados del canal y los habitantes de la capital del Istmo. La comparación de la curva de la tasa bruta de mortalidad con la curva de mortalidad por malaria en la ciudad de Panamá es muy reveladora: ambas siguen la misma tendencia general. Pero al final, en los primeros años del siglo XX, el triunfo del equipo del doctor Gorgas sobre la muerte endémica y transístmica ofrece sus resulta-

²⁵⁴ También no hay que olvidar que las estructuras por sexo y edades de las poblaciones de la ciudad de Panamá y de los empleados de las empresas canleras divergen sensiblemente, lo cual influye en la frecuencia de ciertas enfermedades. Esta diferencia de estructuras demográficas nos obliga igualmente a utilizar, con muchas reservas, las respectivas tasas de mortalidad con la intención de efectuar cálculos comparativos de la intensidad de la mortalidad entre las dos poblaciones.

dos:²⁵⁵ las tasas de mortalidad por malaria descienden entre los trabajadores de la construcción del canal de 8.8 por mil en 1906 a 1.0 por mil en 1910 y luego a la cifra insignificante de 0.1 por mil en 1920. Igualmente en las ciudades de Panamá y Colón se sigue una tendencia cercana para llegar a resultados análogos: una tasa de mortalidad anual por malaria de 0.1 por mil en 1920.

Durante largo tiempo se cultivó la creencia de la hecatombe de poblaciones y en particular europeas,²⁵⁶ que significó la construcción del Canal de Panamá. Sin embargo, los datos de mortalidad, a pesar de ser elevadísimos si los comparamos con los actuales, no señalan más de 6,280 muertes entre los empleados de las compañías del canal francés desde 1881 hasta 1903. Pero la mayor parte de los decesos (88%) ocurrieron durante los primeros ocho años del período (1881-1888), aquel de la más intensa actividad, cuando la tasa de mortalidad alcanza entre 59.7 y 63.1 por mil según el informe de la «*Compagnie Nouvelle du Canal de Panama*»²⁵⁷ o los datos de archivos publicados por el doctor Gorgas²⁵⁸ en 1906. Según estos últimos, la malaria es responsable del 25% de los decesos y la fiebre amarilla del 18%. Pero el comportamiento de ambas enfermedades no es semejante durante todo el período. La malaria es una enfermedad endémica: ella se presenta durante todos los años con tasas que oscilan, entre los empleados de las compañías francesas del canal, entre 1.2 por mil el más bajo (1894) y 22.0 por mil el más alto (1884). La malaria, ya lo hemos visto, ofrece la tónica de la mortalidad urbana y transistmica en general, mientras que la fiebre amarilla aparece en los registros de mortalidad de los empleados del canal francés con tasas variables y únicamente durante ciertos años: en 1881 con 11 por mil y al año siguiente con 18 por mil, para descender a 4 por mil en 1884. Luego se produce un recrudecimiento epidémico de la enfermedad para alcanzar tasas de 13 por mil en 1885, 20 por mil en 1886 y nuevamente 13 por mil en 1887, al cual sucede un descenso constante hasta 1 por mil en 1890. Desde entonces, la enfermedad desaparece radicalmente, salvo el año de 1897 (1 por mil y 6 casos solamente), de los registros de mortalidad por lo menos hasta 1904. Después de la década de 1880, en la ciudad de Panamá también se registran años exentos de casos mortales de fiebre amarilla como 1890, 1894, 1895 y 1896 y algunos años con menos de diez casos: 1901 y 1904.

La altísima mortalidad transistmica de fines del siglo XIX se produce a pesar del esfuerzo de salubridad de las compañías del canal francés que fue considerable, siendo sus hospitales reputados como los mejores de la América tropical.²⁵⁹ Pero sus médicos no

²⁵⁵ James S. SIMONS y otros, op. cit., para 1906 p. 122, cuadro 32 y p. 123, figura 14; para Panamá en 1920 p. 2, cuadro 4; y para Colón p. 31, cuadro 5.

²⁵⁶ Comentarios en ese sentido han sido recogidos aunque no aprobados por Gerstle MACK, op. cit., vol. II, p. 84 citando a Edouard DRUMONT, *La dernière bataille*, París 1890, pp. 348-350: «Los hombres morían como mariposas, casi el 60%...El verdadero número de muertes, que no puede ser menos de 30,000, nunca será conocido...», y Jean D'ELBEE, «*Ferdinand de Lesseps et le drame de Panama*», en *Revue Universelle*, vol. 71, N° 15, París noviembre de 1887, p. 321: «durante una sola epidemia de fiebre amarilla de 21,000 franceses, 16,000 murieron en pocas semanas». Sin embargo el número de empleados blancos nunca pasó de 2,579 (promedio de 1887) y el número total de empleados de 15,015 (promedio de 1884). Wolfred NELSON, op. cit., p. 13, también insiste con exageración sobre la leyenda epidémica y llega hasta a decir que «la fiebre amarilla exterminó cientos de miles de personas», p. 241.

²⁵⁷ *Compagnie Nouvelle du Canal de Panama, Rapport de la Commission (1899)*, p. 47, citado por Gerstle MACK, op. cit., vol. 2, p. 83.

²⁵⁸ Según los datos ofrecidos por W. C. GORGAS, op. cit.

²⁵⁹ W. C. GORGAS, *Sanitation in Panama*, Nueva York 1915, p. 232, citado por Gerstle MACK, op. cit., vol. 2, p. 86 y Wolfred NELSON, op. cit., p. 271 y 272. Este último autor, médico canadiense que critica acerbamente la empresa de de Lesseps, declara no obstante que «los hospitales en el lado de Panamá, constituyen los mejores y más completos sistemas hospitalarios que se hayan establecido en el trópico. Hay más

lograron conocer, antes del final de la empresa, el vector de las principales enfermedades endémicas, los mosquitos anofeles para la malaria y el mosquito aedes aegypti para la fiebre amarilla. Tocaré pues a los médicos norteamericanos la responsabilidad del último cambio favorable en los comportamientos de la mortalidad y la morbilidad en la región del paso transístmico que inicia realmente el régimen demográfico contemporáneo en todo el Istmo. En efecto, el equipo dirigido por el doctor William Gorgas ataca primero a la fiebre amarilla cuya incidencia desmoralizaba sobre todo a los empleados blancos del canal,²⁶⁰ y luego a la malaria, enfermedad pernicioso y debilitante y también mortal, que obstaculizaba una mayor intensidad en los trabajos de construcción del canal interoceánico.

Su exitosa experiencia como jefe de sanidad en la Habana, sirvió al doctor Gorgas para dirigir sus energías a erradicar el vector de la fiebre amarilla, el mosquito aedes aegypti, insecto relativamente débil cuyo hábitat ocupa un espacio bien preciso y reducido. El aedes es «un mosquito hogareño, que deposita sus huevos en recipientes de agua limpia... como cisternas, jarras, botellas, latas, zanjas, hormigueros, jarrones, fuentes de agua bendita, tanques de inundación en desuso, etc...La mayoría de las veces los mosquitos se reproducen en la casa o en el patio y vuelan a cortas distancias... Estas especies casi siempre pican de día, principalmente en las tardes...»²⁶¹ Las campañas de fumigación, diarias, casa por casa, terminan rápidamente con el hábitat hogareño y el hábitat exterior se destruye regando una capa de aceite sobre la superficie de cada charca, en los patios y en las calles sin pavimentar, para asfixiar las larvas. Al mismo tiempo se inician y adelantan con gran celeridad los trabajos de construcción del acueducto y alcantarillado y la pavimentación de calles en las ciudades de Panamá y Colón. En la capital de la joven República el primer acueducto y alcantarillado de su historia se inaugura en 1905, y en esta misma fecha sus principales calles han sido ya pavimentadas.²⁶² Después del triunfo sobre el aedes aegypti se ataca al mosquito anofeles, más vigoroso y con un radio de acción más amplio. El insecto prospera en pantanos naturales y charcas que cubren extensiones considerables en las tierras bajas de Panamá y Colón. La labor de drenaje de pantanos es inmensa lo mismo que son intensos los trabajos de regar aceite para provocar una película que impidiese respirar a las larvas sobre grandes superficies de aguas estancadas. La administración masiva de quinina a los enfermos de malaria alivió grandemente las epidemias. En tres años, prácticamente se vencen las dos enfermedades y, a partir de 1908, la tasa de mortalidad por malaria se reduce a niveles cada vez más irrisorios. En esta forma, la mortalidad entre los trabajadores del canal desciende y a pesar de un aumento considerable en la fuerza laboral, el número de hombres que mueren a principios del siglo XX es sensiblemente igual a aquellos cuyo deceso fue registrado a fines del siglo XIX: a los 6,280 trabajadores que caen víctimas sobre todo de las enfermedades durante la época del canal francés, de 1881 a 1903, se añadirán otros 6,603 trabajadores que morirán por las mismas causas durante la construcción del canal de Panamá realizada por los norteamericanos, de 1904 a 1914. En total, oficialmente se registran 12,910 víctimas entre la fuerza laboral para todo el período de 35 años de construcción del Canal de Panamá.

de unos setenta edificios, y su costo es de más de cuatro millones de dólares. El servicio que ofrecen es realmente admirable».

²⁶⁰ Isthmian Canal Commission, **Annual Report, 1905**, p. 30.

²⁶¹ Weston P. CHAMBERLAIN, **Twenty-five years of American medical activity in the Isthmus of Panama, 1904-1929**, Panamá, C.Z., 1929, p. 11, citado por Gerstle MACK, op. cit., t. 2, p. 284.

²⁶² Gerstle MACK, op. cit., t. 2, p. 294.

La población de la ciudad de Panamá²⁶³ aumenta constantemente desde 21,984 habitantes estimados en 1905 hasta 60,500 en 1920, al tiempo que sus tasas brutas de mortalidad descienden de 65.8 por mil en 1905 a 25 por mil en 1909 y luego a 21.2 por mil en 1920. Igualmente, un descenso drástico y definitivo de la mortalidad se produce en la ciudad de Colón²⁶⁴ en donde una población de 11,172 habitantes en 1905 conoce una tasa de mortalidad de 51.4 por mil, la cual desciende a 22.6 por mil en 1909 para dejar atrás, desde 1920 (población de 26,087 habitantes), las tasas superiores a 20 por mil. Al contrario de lo que sucedía durante la época de construcción del canal francés, el comportamiento de la mortalidad sigue un ritmo diferente y hasta opuesto al aumento de los efectivos de empleados de las obras de construcción emprendidas por los norteamericanos. Así, el número de empleados²⁶⁵ se elevó rápidamente de 26,547 de promedio en 1906 a 50,802 en 1910 y 56,654, la cifra más alta, en 1913. Al mismo tiempo se produce un descenso dramático de la tasa de mortalidad de 41.7 por mil en 1906 a 10.6 por mil en 1909, para luego oscilar entre 5 y 11 por mil anual durante el resto del período de construcción del canal interoceánico.

La revolución médica contemporánea alcanza al Istmo de Panamá en los primeros años del siglo XX, gracias a los esfuerzos preventivos y curativos de los equipos médicos de las obras del canal intermarino. Primero, tales esfuerzos integran a los comportamientos demográficos de la mortalidad más actuales, a las poblaciones directamente relacionadas con la construcción de las obras interoceánicas, y casi inmediatamente a los habitantes de las ciudades terminales del canal, en el Atlántico y el Pacífico. Lo mismo sucede desde la década de 1920 con los habitantes de las regiones bananeras de Bocas del Toro, en la frontera noroccidental del país con Costa Rica y, desde las décadas de 1930 y 1940, con el resto de las poblaciones del interior de Panamá.

* * *

Después de ciertos adelantos en la medicina preventiva poco antes de mediados del siglo XIX, con la introducción de vacunas como la de la viruela²⁶⁶ que inicia la transición de un régimen demográfico antiguo, colonial, al moderno, republicano, la región del paso transístmico se convierte en el verdadero polo de difusión de la innovación en el campo médico-sanitario que, a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, integra el espacio panameño a los regímenes demográficos contemporáneos.

Los trabajos de construcción del canal interoceánico son el motor esencial de esa revolución médico-sanitaria que ataca con vigor la morbilidad y la mortalidad en el Istmo y también hará disminuir las diferencias de los regímenes demográficos locales, propiciando el surgimiento, con mayor fuerza, del régimen demográfico nacional actual.

²⁶³ James S. SIMMONS y otros, op. cit., p. 28, cuadro 4.

²⁶⁴ Ibidem, p. 31, cuadro 5.

²⁶⁵ Ibidem, p. 91, cuadro 25.

²⁶⁶ Así, por ejemplo, en 1836, se señalan esfuerzos en este sentido cuando en la «Exposición del Jefe Político del Cantón de Panamá al Ilustre Consejo Municipal en su reunión ordinaria del 20 de octubre de 1836», Mariano AROSEMENA declare que «sobre sanidad se hace preciso, que...vayan dos muchachos de Portobelo a Cartagena a vacunarse, y a su regreso se transmita el virus a los niños de este Cantón, para preservarlos de la viruela». **Historia y Nacionalidad**, presentación de Argelia TELLO de UGARTE, 2ª edición, Editorial Universitaria, Panamá 1979, pp. 111-112.

¿Qué son cerca de 13,000 víctimas de los trabajos del canal en una masa de trabajadores de aproximadamente 150,000 hombres que en un momento u otro permanecieron empleados en las obras transístmicas, en un período de 35 años, de 1881 a 1914? La leyenda negra de la mortalidad panameña de centenares de miles de personas se desvanece ante estas cifras. La mortalidad de algunos personajes prominentes, de origen europeo, cuyas resistencias naturales a las dos enfermedades tropicales más arraigadas, la fiebre amarilla y la malaria, los predisponía con mayor probabilidad al contagio y a la muerte, ha distorsionado mucho la realidad y creado, por los media de la época primero y luego en la imaginación popular en otros continentes, un estigma sobre Panamá como lugar extraordinariamente insalubre, como paradigma de la letalidad en los trópicos en la bisagra del siglo XIX al siglo XX. Es cierto que para momentos puntuales, para ciertos años la intensidad de la mortalidad más que duplica la que se advierte en otros lugares de alta mortalidad, pero si tenemos en cuenta el período entero y la población involucrada hay que matizar los resultados y admitir que rápidamente se obtienen, a partir de los primeros años del siglo XX, logros notabilísimos. Sin embargo, hay que reconocer que esta realidad objetiva fue en gran parte el resultado de un esfuerzo inmenso de medicina preventiva, de trabajos de sanidad alrededor de los núcleos urbanizados y de salubridad en las ciudades terminales, en Panamá y Colón. En este sentido, la acción iniciada por los franceses a fines del siglo XIX y completada con éxito notable por los norteamericanos a principios del siglo XX, fue decisiva en la integración del Istmo de Panamá a los regímenes demográficos actuales.

3. La población de un espacio marginal: el Darién histórico

El planteamiento de los ritmos demográficos del Darién no puede apoyarse ni en los métodos ni en las fuentes documentales que hemos empleado en las sabanas del Pacífico y en la ciudad de Panamá. La etno-historia y la antropología²⁶⁷ nos serán esta vez de gran utilidad para adelantar un estudio demo-geográfico del territorio darienita en una perspectiva diacrónica. Estudio que por cierto tratará de penetrar en los fenómenos de las oscilaciones en el tiempo y de la movilidad en el espacio geográfico de una población que presenta, relativamente, mayores perturbaciones que las poblaciones ístmicas integradas al sistema colonial.

a) *Un rápido poblamiento del siglo XVI al siglo XVIII*

La región del paso era, originalmente, el Darién,²⁶⁸ vasto territorio que bañan los dos mares, al norte y al sur. Pronto esta región transístmica se desplaza hacia el meridiano de Nombre de Dios, abandonando el Darién a su aislamiento secular. En el Darién, más que en otros lugares, la falta de hombres es impresionante. La conquista ha contribuido fuer-

²⁶⁷ Como por ejemplo lo que nos ofrece la obra de Reina TORRES DE ARAUZ que ha sido una de las más ricas en Panamá sobre las culturas indígenas. Su libro síntesis, **Panamá Indígena**, Panamá 1980, es en este sentido esencial. Por igual, en la Revista **Hombre y Cultura**, del Centro de Investigaciones Antropológicas que fundó en la Universidad de Panamá, se encuentran importantes contribuciones sobre este tema.

²⁶⁸ Sobre las primeras colonizaciones ver Alfredo CASTILLERO C., **Políticas de Poblamiento en Castilla de Oro y Veragua en los orígenes de la Colonización**, Panamá 1972.

temente a agotar su población autóctona: las «cosechas» de indios, las «cabalgadas»²⁶⁹ y la encomienda indígena han despoblado rápidamente el territorio.²⁷⁰ Inclusive se vendieron aborígenes en las islas de las Antillas y se condujo a otros, en esclavitud, hacia el Perú.²⁷¹ Cuando en 1524 las últimas autoridades colonizadoras abandonan Santa María la Antigua, el Darién parece caer en el olvido. Sin embargo la actividad de los misioneros en esta región, las tentativas de colonización blanca, y la hostilidad esporádica y al mismo tiempo endémica de los indígenas recuerdan sin cesar su existencia.²⁷²

Se puede suponer a falta de documentos que prueben lo contrario que la segunda mitad del siglo XVI, especialmente después del triunfo de las autoridades con los cimarrones en 1581, aporta al Darién un relativo período de paz, una nueva oportunidad a un espacio demográficamente devastado. El paisaje natural a la llegada de los conquistadores parecía ser, según los primeros cronistas, de sabanas de origen antrópico en las cuencas del corazón del Darién, desde el Bayano hasta el Tuira, región que parece ser ocupada, prontamente, por una foresta secundaria después del paso violento de los españoles y el despoblamiento consecuente de su población amerindia.²⁷³ En esos tiempos la atención de los colonizadores se dirige más bien hacia las sabanas y las montañas del oeste, hacia Eldorado de Veragua. La ciudad de Panamá, por su parte, está muy ocupada en la organización material del paso. El Darién puede, en esta época, repoblarse más rápidamente, gracias sobre todo a los aportes, relativamente importantes, de la inmigración de aborígenes de los territorios vecinos, en particular de la etnia cuna sin llegar, no obstante, ni de lejos, a las magnitudes de la época precolombina.

A fines del siglo XVI se señala una población indígena creciente en diversas partes del territorio darienita. Una tribu instalada sobre las riberas del golfo de San Miguel y adoctrinada por un franciscano tiene cerca de 240 individuos²⁷⁴ y la costa norte parece estar ya bien poblada nuevamente. Se cuentan 3,014 indígenas en 1598, en una veintena de comunidades.²⁷⁵ Es más difícil evaluar con precisión la población del corazón del Darién meridional que comprende el territorio más plano de las depresiones tectónicas ocupadas por las cuencas del Tuira, del Chucunaque y del Bayano, región poco frecuentada por los españoles después de los primeros años de la conquista aunque se sepa de ella mediante la llegada arrolladora de los cunas hasta Chepo que atacan por primera vez en 1611, lo que repiten en 1635 y con más fuerza en 1652 en demostración, también, de aumento de presión demográfica. Hacia 1637-1638 se obtienen algunos testimonios más precisos sobre el peso de su población. Durante esos años el Presidente de la Audiencia de Panamá estima que ha llegado el momento de reducir todos esos indígenas a la obediencia colonial y de hacerlos aceptar el «dulce yugo del evangelio». Se envía al Darién por 1638 un misionero flamenco, Adrián de Santo Thomas,

²⁶⁹ Mario GÓNGORA, op. cit., pp. 16-26.

²⁷⁰ Según carta de Alonso de LA PUENTE, tesorero de Santa María la Antigua fechada el 23 de noviembre de 1515 la repartición de indios comenzará un año después de la llegada de Pedrarias Dávila, en Severino de SANTA TERESA, op. cit, vol. III, p. 435.

²⁷¹ Mario GÓNGORA, op. cit.

²⁷² Alfredo CASTILLERO ha publicado recientemente una obra que trata extensamente sobre el tema, **Conquista, Evangelización y Resistencia**, op. cit.

²⁷³ Sobre el tema consultar a Omar JAÉN SUÁREZ, **Hombres y Ecología en Panamá**, op. cit, particularmente pp. 37-40.

²⁷⁴ Según la carta de fray Cristóbal SUÁREZ al Presidente de Panamá. Se trataba de la tribu de los Churuca en el río Garachiné y sus alrededores, en Severino de SANTA TERESA, op. cit. vol. I, p. 11.

²⁷⁵ *Ibidem*, p. 12. Se trataba de la tribu de los Talegra.

que ya había probado sus capacidades en las montañas de Veraguas.²⁷⁶ El esforzado religioso, quien ha dejado una interesante descripción etnográfica de los indios del Darién, reúne rápidamente 900 aborígenes repartidos en tres tribus de la cuenca del Tuira²⁷⁷ y dice haber sido visitado por cerca de 3,000 personas de todas las edades que representan, según él, un quinto de la población del Darién histórico,²⁷⁸ es decir, del territorio en forma de istmo trapezoidal que se extiende desde el fuerte de Terable en las inmediaciones del Chepo al oeste hasta el río Atrato, 280 kilómetros aproximadamente al este, desde el Atlántico al norte hasta el Pacífico al sur. Se puede pues pensar que a fines de la primera mitad del siglo XVII, cerca de 15,000 indígenas vivían en ese Darién. No obstante, la simplicidad del método de recuento y una actitud comprensible a destacar el éxito y a exagerar la magnitud de la empresa catequizadora por parte del celoso misionero, han podido alterar de manera significativa las cifras. Pero es lo único que conocemos y otros datos posteriores parecen confirmarlo. Con la llegada de fray Adrián y de algunos hermanos dominicanos se abre una época de intensa actividad misionera seguida por la primera misión de capuchinos que vienen directamente de Cádiz para trabajar de 1648 a 1659, y luego una segunda de 1681 a 1689. Se trata de imponer a las poblaciones indígenas nuevas estructuras de poblamiento: las tribus son agrupadas en aldeas que cuentan a veces algunos centenares de habitantes, pero que tendrán una vida convulsionada, desapareciendo pocos decenios después para luego reaparecer, en el mismo lugar o en sitios cercanos, cuando las circunstancias, es decir los indígenas rebeldes, nuevos esfuerzos misioneros o la voluntad de la autoridad hispánica lo permiten.²⁷⁹ Se pueden citar, entre otros casos, el de San Enrique de Pinogana fundado en 1638, el de San Jerónimo de Yavisa creado el mismo año e igualmente el de San Andrés de Cuqué que nace en 1641.

En 1684 el obispo de Panamá, aunque de edad avanzada, decide partir para realizar la visita pastoral del Darién, territorio de difícil acceso y prudentemente despreciado por sus predecesores. El obispo Lucas Fernández de Piedrahita se encamina hacia la cuenca del Tuira y se asombra de la densidad del poblamiento: 1,800 hombres estarían en edad de tomar las armas.²⁸⁰ En la lengua de la época esto implica, en general, un número equivalente de familias. Si se multiplica la cifra por un coeficiente de 4 (muy probablemente válido para la región a mediados del siglo XVII) se puede calcular que 7,200 personas por lo menos vivían en la región visitada por el intrépido obispo. Sería además necesario, para obtener la cifra de la población total el Darién, añadir los efectivos de los numerosos habitantes de la costa norte y del golfo de San Miguel sobre el Pacífico. En 1681 se informa de

²⁷⁶ *Ibidem*, p. 14.

²⁷⁷ Juan REQUEJO SALCEDO (1640), *op. cit.*

²⁷⁸ Severino de SANTA TERESA, *op. cit.*, vol. IV, p. 17. Toda la población del Darién no había sido alcanzada por la obra de los misioneros. Julián Carrisolio, alcalde y justicia mayor señala que se habían reducido 1,400 indígenas cinco años después del inicio de los esfuerzos de evangelización. *Ibidem*, p. 55.

²⁷⁹ *Ibidem*, *op. cit.*, vol. IV.

²⁸⁰ Carta al Rey fechada en Panamá el 8 de agosto de 1684. A. G. I., Panamá 99, en donde dice que «volví por mar a entrar en el corazón del Darién donde con gusto de los naturales erigimos iglesias y a su abrigo fundé dos poblaciones de Tuiras y Payas, indios bulliciosos y resabidos, de quienes siempre he confiado poco para el aprovechamiento de sus almas...si los indios Páparos, bien parecidos a su nombre me admiten a sus tierras pobladas de gente pues pasan los indios de lanza de mil y ochocientos, que jamás han sido doctrinados...» Al mismo tiempo un consejo de guerra reunido en Madrid estimaba una población masculina del Darién, según las informaciones locales, de «dos mil hombres, poco belicosos». Madrid, 29 de noviembre de 1685. A. G. I., Panamá 99.

la existencia de una reducción de 300 aborígenes en el sitio de Terable,²⁸¹ sobre el curso medio del río Bayano, frontera oeste del territorio indígena del Darién.

A pesar de las epidemias de viruelas y de alfombrillas que diezaban a veces a tribus enteras,²⁸² la población del Darién parece ofrecer, en el siglo XVIII, cifras confortables sin alcanzar, todavía, las cifras un poco asombrosas estimadas para la época prehispánica. Además, esta nueva población no ha logrado recrear el medio natural de sabanas antrópicas encontrado por los conquistadores en la costa norte y el interior de las cuencas del Bayano, Tuira y Chucunaque.²⁸³ El repoblamiento se proseguía a una cadencia modesta, más vivaz en ciertos lugares a causa de una tasa de natalidad seguramente elevada de poblaciones aisladas del exterior y por lo tanto al abrigo también de las epidemias,²⁸⁴ o a causa de las migraciones del Atrato que alimentaban, sin cesar, el territorio darienita.

Joaquín Valcárcel de Miranda, gobernador del Darién, hace ejecutar el primer censo de alguna precisión para la época colonial.²⁸⁵ Se cuentan, en 1747, 4,943 familias indígenas de las cuales sólo 88 estaban reagrupadas en 4 misiones católicas: Estos aborígenes vivían, en su mayor parte, en los valles fluviales del Darién meridional: 892 estaban establecidos sobre las riberas del Bayano y sus afluentes, 829 en la cuenca del Chucunaque, 845 en la del Tuira y 300 sobre la orilla izquierda del Atrato. El litoral norte, entre Mandinga y la costa de Turbo, más allá del golfo de Urabá, albergaba 2,077 familias indígenas (de las cuales sólo 664 vivían en el territorio actualmente bajo jurisdicción panameña), y 64 familias birraciales de franceses y cunas. Las mayores densidades del Darién meridional se registran en la sucesión de valles paralelos que entallan los piedemontes de las montañas orientales, en particular el Tacarcuna (1,875 m.), frente a la meseta de Cana.

Todos los que conocieron el informe de Valcárcel de Miranda han sugerido una cifra de 20,000 habitantes para el Darién a mediados del siglo XVIII, es decir, cerca de 5,000 familias²⁸⁶ con 4 personas por familia de promedio (familias pequeñas en donde la hiper-

²⁸¹ A. G. I., Panamá 101, Carta de Lucas FERNÁNDEZ DE PIEDRAHITA, obispo de Panamá al Rey, Panamá 15 de diciembre de 1681.

²⁸² Henry WASSESEN cita un documento de Andrés de ARIZA, «Comentos de la Rica y fertilissima Provincia de El Darién. Año 1774», en donde se habla de la desaparición de los indios Páparos citados por el obispo Fernández de Piedrahita. «Los Páparos eran poco numerosos hacia los años (17)40 y las continuas epidemias de viruelas los exterminaron enteramente», en «De la identificación de los Indios Páparos del Darién», en *Hombre y Cultura*, N° 1, Panamá 1962, p. 9. Otro testimonio, el de fray Antonio de OVIEDO, vice prefecto de las misiones de los capuchinos del Darién fechado en julio de 1649 y dirigido al cardenal Caponi, habla de la casi desaparición de los indios gorgonas, diezmadados por una enfermedad cuyos síntomas eran semejantes a los de la lepra. Severino de SANTA TERESA, op. cit., vol. IV, pp.184-185.

²⁸³ En 1700 los escoceses encuentran una sucesión de selva cerrada y sabanas en la costa norte (Francis BORLAND, op. cit.) mientras que Fernando MURILLO, encuentra, en 1789 en las cuencas del Tuira y del Chucunaque que «la maleza de los montes es tanta, que no da lugar a nuestras tropas a penetrarla, a menos que no la vayan rozando a fuerza de hacha y machete». Cartagena, 27 de enero de 1789, «Reflexiones...», en *Colección Cuervo*, op. cit., t. 2, p. 304.

²⁸⁴ Es interesante citar la observación de Adriano de SANTO TOMÁS quien encuentra, en 1638, un caso de ese tipo: «un venerable viejo, natural de la provincia de Porcu que se había retirado a estas alturas de Capetín con sus compañeros y ocho mujeres propias y hermanos, sin comunicarse en más de treinta años con ninguno de las provincias de Sate y Porcu en cuyo medio estaban procrearon dellos de manera que oy hay más de 500 o 600 personas...», op. cit., pp. 121-122.

²⁸⁵ El autor había tomado el cuidado de contar las familias establecidas sobre las márgenes de cada uno de los cursos de agua habitados de la región, señalando el nombre de estos ríos y las distancias que los separaban. El documento no está fechado y es anónimo. Sin embargo, hemos podido atribuirselo al gobernador VALCÁRCCEL DE MIRANDA y fecharlo en 1747. «Descripción de la Provincia del Darién», en *Colección Cuervo*, op. cit., vol. 2, pp. 274 ss.

²⁸⁶ La cifra de 5,000 era atribuida al total de los habitantes del Darién antes del censo, en particular por Dionisio de ALCEDO Y HERRERA luego de su primer contacto con las costas panameñas en 1743, según las

mortalidad, en particular la infantil, es notoria).²⁸⁷ Así, el territorio darienita que pertenece en la actualidad a la República de Panamá, de aproximadamente 25,000 kilómetros cuadrados albergaría, en 1747, cerca de 13,000 indígenas, cifra relativamente pequeña para la magnitud del espacio. Precisemos que es muy posible que esta población haya sido subestimada de una manera significativa: el informe del gobernador del Darién no menciona a las poblaciones establecidas sobre el litoral de Garachiné en el Pacífico y su continuación hacia el sur en la actual costa colombiana, lo que nos hace pensar que en dicho informe sólo se consideraba a las poblaciones de lengua cuna, obviando, en gran medida, a los cho-cóes, gente que vivía más bien hacia la vertiente litoral que mira el Pacífico.

b) *El estiaje tardío hasta mediados del siglo XIX*

Después de un largo período de crecimiento lleno de diversos y desiguales obstáculos, pareciera que la población del Darién hubiese llegado a su nivel máximo en el siglo XVIII sin alcanzar, no obstante, las magnitudes precolombinas. Desde entonces y hasta mediados del siglo XIX se va a producir una disminución considerable de la población indígena en sus dos vertientes, en la costa atlántica y en el corazón del Darién meridional.

Ya vimos que en 1747 se estimaban en 12,300 habitantes aproximadamente la población de la costa darienita septentrional, los cuales se convierten en sólo cerca de 5,200 habitantes²⁸⁸ en 1784, en parte ocupando territorio actualmente bajo soberanía colombiana en el golfo de Urabá. Sin embargo, la densidad de ocupación humana parece aún relativamente importante si creemos en los relatos de los diarios personales de los oficiales²⁸⁹ que comandaban la expedición militar de 1784 a 1792. Probablemente estos 5,200 habitantes de 1784 han sido a su vez subestimados. El fracaso de las campañas militares se debe esencialmente a las enfermedades que diezman rápidamente la tropa, pero probablemente la sub-estimación del enemigo debió pesar también algo.²⁹⁰ Además de los efec-

informaciones ofrecidas por un francés, Nicolás Roux, quien vivía cerca del cabo Tiburón. ¿Se trataba probablemente de un malentendido? Hay que hacer notar que Roux menciona a 63 franceses y Valcárcel de Miranda a 64. «*Diario y Derrota de Don Dionisio de Alcedo y Herrera... por las costas, golfos y ensenadas del Darién desde Cartagena á Portovelo para pasar a su destino*». A. G. I., Panamá 255.

²⁸⁷ Aunque sea del siglo XIX, el testimonio es útil puesto que no creemos que el régimen demográfico haya cambiado en esas poblaciones hasta por lo menos mediados del siglo XX. Charles VIGUIER, «*Notes sur les indiens de Paya*», en las *Mémoires de la Société de Anthropologie de Paris*, París 1873, p. 412, nos habla del tamaño de la familia: «Las familias numerosas son raras: dos o tres hijos, raramente cuatro».

²⁸⁸ A. G. I., Panamá 381. «Número, situación y objeto de las Poblaciones del Darién», Cartagena, 12 de abril de 1785. Se habla de 1,300 hombres de armas que en el supuesto de que corresponden a otros tantos jefes de familia y de que cada familia cuenta con 4 miembros en promedio, arrojaría la cifra de 5,200 habitantes.

²⁸⁹ A. G. I., Panamá 381.

²⁹⁰ Las sub-estimaciones de la capacidad numérica del enemigo se debía a menudo a militares ávidos de acción que querían presentar un cuadro de las campañas con pocos riesgos. Ya en 1760, Manuel Hilario BRAVO, Alférez mayor de la ciudad de Tolú y juez comisionado para la pacificación de los indios del Darién hablaba de sólo «300 indios apegados a los ingleses y resistiendo a los españoles», para recomendar la erección de un fuerte en la bahía de Caledonia. Severino de SANTA TERESA, op. cit., vol. IV, pp. 298-301. También, en el siglo XVII, en 1685, el Consejo de Guerra reunido en Madrid habría sido convencido de la pretendida facilidad de la conquista del Darién teniendo en cuenta el número reducido de sus habitantes y su poco celo y talento guerrero. Madrid, 29 de noviembre de 1685, A. G. I., Panamá 99. A fines del siglo XVIII la población del Darién no había sido estimada en más de 3,000 almas, lo cual no se acerca a la mayor parte

tos directos de las actividades bélicas que en el conjunto son más bien despreciables y se limitan a los pocos años de las campañas, hay que considerar, en el descenso de la población indígena del Darién septentrional, el papel muy importante que parecen haber jugado las epidemias²⁹¹ que se exacerban mediante el contacto más intenso con otras poblaciones inmigrantes del Darién meridional o con los mismos soldados de la tropa colonial.

El descenso de la población en el litoral norte ha debido continuarse hasta mediados del siglo XIX, a pesar de los aportes por inmigración del Darién meridional y probablemente también de la costa este del golfo de Urabá.²⁹² El número de habitantes de la costa norte se reduce a 3,000 ó 3,700 según las estimaciones de mediados del siglo XIX.²⁹³ Desde entonces pareciera que la tendencia se invierte y se inicia un aumento sostenido y regular: se habla de 7,000 habitantes en la región a fines del siglo XIX²⁹⁴ y 22,155 en 1927, en el primer cuarto del siglo XX.²⁹⁵

Las poblaciones del Darién meridional conocen ritmos demográficos bastante comparables a los de sus vecinos de la costa norte, aunque agraven los puntos más bajos del descenso. A fines del siglo XVIII, el Darién meridional tenía la reputación de mantenerse bastante despoblado. La cobertura vegetal en un clima comparable al de las sabanas del Pacífico es mucho más densa, propia de una región cuyo espacio soporta una débil presión demográfica, en particular de poblaciones cuyo principal sustento es la agricultura de roza, además de la caza y la recolección. Pero también las autoridades coloniales lo hacen notar y particularmente el gobernador del Darién desde 1774, Andrés de Ariza, conocido por la generosidad de sus testimonios.²⁹⁶ Hacia 1778 la amplia cuenca del Chucunaque no albergaba, según este avezado conocedor, más que 250 a 300 indios armados, fuera del control de las autoridades y los que están integrados, aunque relativamente más numerosos, son aún muy pocos, población casi insignificante para la magni-

de los testimonios de la época y todavía menos al recuento de 1747 ya citado. De todas maneras, tales argumentos de una pretendida facilidad no convencieron a los participantes en la junta de guerra de Madrid. En 1739, el Consejo estimaba, con alivio, que en caso de que la tropa hubiese librado batalla teniendo en cuenta una cifra aceptada de 1,500 indios armados y no la de 5,000 que otras indicaciones más precisas señalaban, no habría recogido sino «pocos frutos y ninguna gloria». Consejo, Madrid 27 de septiembre de 1739, **A. G. I.**, Panamá 204.

²⁹¹ Se ha evocado, en la época, el despoblamiento de los pueblos de indios de la costa norte del Darién, sobre todo en la bahía de Caledonia, diezmos por las viruelas: los poblados «más numerosos fueron Estolo, y Caledonia, pues le reputaban doscientos indios de macana en cada uno. El último se halla muy deteriorado y por continuas epidemias de viruelas». Ignacio de QUIROGA, gobernador del Chocó en «*Informe que de las Bocas del Río Atrato, y costa adyacente...*» (segunda mitad del siglo XVIII), en **A. G. I.**, Panamá 381. Además, el padre Jacobo Walburger, misionero jesuita en Yaviza en 1745, señala una epidemia de alfombrilla que ataca mortalmente (podemos creer que en parte) 720 indios recientemente convertidos, en J. P. BORDA, **Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva Granada**, Bogotá 1872, t. 2, pp. 20-22.

²⁹² Según «*Número y objeto de las Poblaciones del Darién...*», Cartagena 12 de abril de 1785, **A. G. I.**, Panamá 381.

²⁹³ Eran 3,000 según el doctor E. CULLEN, op. cit., p. 74; y 3,700 según los manuscritos de Agustín CODAZZI utilizados por Felipe PÉREZ, op. cit.

²⁹⁴ Estimación por comparación de las cifras utilizadas por Alphonse. L. PINART, **Vocabulario Castellano-Cuna, Panamá 1882-1884**, París 1890, p. 2, quien evalúa en 8,000 el número total de los cunas del Darién; y Louis CATAT, «*Les Habitants du Darien Méridional*», en la **Revue de la Société d'Ethnologie**, vol. 7, París 1889, pp. 397-421, quien encuentra 800 a 900 indios cunas en esta parte del Darién (p. 411).

²⁹⁵ E. NORDENSKJOLD, **An historical and ethnological survey of Cuna Indians**, editado por Henry WASSEN, Goteborg, Suecia 1938. Los datos estadísticos fueron recogidos por Pérez Kantule, secretario del principal cacique Néle de Kantule (pp. 12-15).

²⁹⁶ **A. G. I.**, Panamá 265, «*Relación y Detalle de la Provincia de Santa María la Antigua del Darién, o gran Castilla del Oro...*», acompañado de carta fechada en el Darién el 12 de septiembre de 1778.

más de 200 indios rebeldes.²⁹⁸ Un pequeño esfuerzo demográfico se nota en los 27 años siguientes para que en 1803 se cuenten 1,579 habitantes en sus ocho pueblos, ya todos mixtos, habitados más bien por negros y zambos, situados en la vertiente del Pacífico, en el Darién meridional.²⁹⁹

Al tiempo que el fenómeno demográfico esencial de la costa norte es el de la disminución sistemática, la población de indígenas de lengua cuna del Darién meridional que ocupan la mayor parte del territorio también parece haberse reducido en el siglo XIX. En 1854 se estima su número en cerca de 2,000³⁰⁰ y sólo 900 en 1888.³⁰¹ De esta manera, el descenso de la demografía de los cunas de la costa atlántica que se detiene a mediados del siglo XIX continúa en el Darién septentrional hasta principios del siglo XX. La caída demográfica de los cunas del Darién meridional puede explicarse por dos fenómenos. El primero, bastante hipotético pero verosímil, sería el establecimiento de un régimen de crecimiento natural negativo debido a una sobremortalidad sistemática³⁰², provocado por un cambio del género de vida y en particular el empobrecimiento del régimen alimenticio que resulta de la explotación del indígena en el ciclo infernal del caucho³⁰³ que se desarrolla en esta parte del territorio en la segunda mitad del siglo XIX, desde 1860 por lo menos,³⁰⁴ y que lo desvía de actividades de producción agrícola. Otro fenómeno mejor conocido atribuye la caída demográfica de los cunas del sur a una emigración hacia la costa norte, que se intensifica durante la época y transforma el litoral caribe definitivamente en el centro esencial del poblamiento de esta etnia. Emigración estimulada por la irrupción más acentuada de otras poblaciones que disputan el espacio darienita a los cunas que ocupaban de una manera continua y contigua la mayor parte del Darién meridional, y una emigración provocada también, según ciertas hipótesis, por motivaciones religiosas y rituales. De todas maneras, un hecho que sobresale con singular nitidez en la demografía darienita es el de la intensa movilidad territorial de sus poblaciones a lo largo de su historia colonial y republicana colombiana.

²⁹⁸ Andrés de ARIZA, «Comentarios de la Rica y Fertilissima Provincia del Darién Año de 1774», op. cit.

²⁹⁹ Datos del obispo Manuel Joaquín GONZÁLES DE ACUÑA Y SANS MERINO, Relación de la Diócesis, 1803, A. G. I., Panamá 294.

³⁰⁰ Según manuscrito del coronel Codazzi utilizado por Felipe Pérez, op. cit.

³⁰¹ Estimaciones de Louis CATAT, op. cit. Armand RECLUS también constata la disminución de la demografía de los payas durante la época. **Exploration aux isthmes de Panama et de Darien, en 1876, 1877, 1878**, publicada en dos entregas de **Le Tour du Monde**, París 1879. Traducción publicada por la revista **Lotería**, Panamá 1958, p. 150. También publicado por La Editorial Universitaria Centroamericana, San José 1972, con el título **Exploraciones a los Istmos de Panamá y Darién**. Esta es la que utilizaremos en adelante.

³⁰² Los que han vivido entre los indios en el siglo XIX nos ofrecen el siguiente testimonio: «La duración promedio de la vida debe ser muy corta: no se ve nunca ancianos, los decesos en la primera infancia son muy frecuentes». Louis CATAT, op. cit. Charles VIGUIER, op. cit., nos dice lo mismo.

³⁰³ La búsqueda del latex fue particularmente pernicioso para las poblaciones del Darién: primero, desvía a las poblaciones de otras actividades productivas, luego, las esclaviza a la economía de tambo y al alcoholismo. Además, la explotación cauchera reduce las tierras explotables del Darién. Louis CATAT op. cit., pp. 402-403. Los aborígenes parecían poco armados para resistir a los efectos funestos de este tipo de explotación depredatoria con ciertas modalidades esclavistas.

³⁰⁴ Teodoro E. MÉNDEZ, **El Darién**, Panamá 1979, menciona que la recolección de tipo depredatoria del caucho en el Darién la inicia el cartagenero José N. Recuero en el área de Pinogana, Paya y Pucro, en la cuenca del Tuira; después se extenderá a la cuenca del Chucunaque. Se acaba el caucho porque los árboles son derribados para ordeñarlos.

c) *Migraciones internas y poblamiento insular cuna*

Al contrario de lo que sucede en las sabanas del Pacífico, en el Panamá colonial propiamente dicho caracterizado por un asentamiento más definitivo del poblamiento, en el espacio darienita se advierte una fuerte inestabilidad geográfica de las poblaciones, por migraciones a lo largo y ancho del inmenso territorio. Inestabilidad muchas veces involuntaria, provocada por las violencias de la autoridad colonial³⁰⁵ o por la actitud hostil de las poblaciones indígenas, en particular de etnia cuna y sus conflictos tanto con las poblaciones chocóes y negras como con la estructura de dominio hispánico. Durante la segunda mitad del siglo XVIII, la presencia militar española empuja a los cunas hacia el noroeste de la cuenca del Chucunaque, más allá del fuerte del Príncipe sobre el río Sabanas. Los aborígenes rebeldes son cercados por los dos extremos: por el este las fuerzas españolas ocupan la mitad de su territorio del Darién meridional y por el oeste aparecen las líneas de vanguardia de la defensa colonial, en particular el fuerte de Terable sobre el Bayano.

Esta presión en forma de tenaza va a provocar una rápida escisión de las tribus cunas en dos grupos: «*indios bravos*» por una parte, que rehusarán la autoridad hispano-colonial y luego colombiana y no aceptan mezclarse con otras poblaciones del Darién meridional. Estos indios bravos se establecen en las márgenes de los afluentes del curso superior del Chucunaque y del Bayano.³⁰⁶ Los «*indios mansos*», por su parte, más acomodaticios, se integran más fácilmente al resto de las poblaciones del Darién meridional y aceptan, aunque sea simbólicamente, la autoridad colonial. A estos indios los encontraremos en la ribera izquierda del Tuirá con su centro en Paya, pequeña aldea con un centenar de habitantes a fines del siglo XIX.³⁰⁷

En el siglo XIX los españoles no serán los únicos opresores de los cunas ni los únicos responsables de sus migraciones. Una tribu indígena de la costa pacífica colombiana, de lengua chocóe, hace irrupción y empuja a los cunas hacia el oeste.³⁰⁸ Por 1850, se estiman estos invasores en cerca de 400 individuos³⁰⁹ y en 600 en 1880.³¹⁰ Poco a poco van

³⁰⁵ Citemos, con este propósito, un testimonio de la época: «son propensos, los yndios a la transmigración especialmente si algún extranjero a visto sus abitaciones...El Gobernador del Darién con las visitas y caminos que introdujo por sus tierras en las cabeseras de Chucunaque los iso trasmigrar a la costa de Calidonia...» «*Número situazion y objeto de las Poblaciones del Darién*», Cartagena, 12 de abril de 1785. **A. G. I.**, Panamá 381.

³⁰⁶ Armand RECLUS, op. cit., p. 261, encuentra en 1877 el territorio del curso medio del Bayano más allá del fuerte de Terable completamente desierto. Los indios Pirreas, emparentados con los del alto Chucunaque y refractarios a las poblaciones neogranadinas habrán de ser situados en el alto Bayano. Esto concuerda con una anterior descripción de la localización de los indios del Darién intentada por E. CULLEN en 1853, op. cit., pp. 68-69.

³⁰⁷ Louis CATAT, op. cit., p. 411.

³⁰⁸ La fecha de la primera presencia de los chocóes en Panamá es bastante oscura. Severino de SANTA TERESA afirma que ellos se encuentran ya cerca de Garachiné en el siglo XVI (los Choruca y Talegra), op. cit., vol. IV, p. 12. A principios del siglo XVII, en 1605, el capitán Vasco de MENDOZA Y SILVA, que señala con precisión la extensión ocupada por los chocóes, menciona el golfo de San Miguel (**Historia Documentada del Chocó**, publicaciones del Departamento de Bibliotecas y Archivos Nacionales, Bogotá 1954, p. 85). S. LINNE (**Darien in the Past**, Goteborg, Suecia, 1929, p. 145) cree, por su parte, en la existencia de algunos grupos chocóes dispersos entre el golfo de San Miguel y el Chocó colombiano, desde las más antiguas crónicas de Andagoya hasta el siglo XIX; sea como fuere, todo parece indicar que la demografía del actual Darién panameño era enteramente cuna hasta el siglo XIX. La inmigración chocóe tomará importancia a fines del siglo XIX y se proseguirá hasta nuestros días. Reina TORRES DE ARAUZ, «*Aspectos históricos del grupo chocóe*», en separata del Tomo XXIII del **Anuario de Estudios Americanos**, Sevilla 1966, pp. 1107-1132.

³⁰⁹ Felipe PÉREZ, op. cit.

³¹⁰ Louis CATAT, op. cit., p. 405, reconoce que «los hombres están en notable mayoría» lo que nos parece poco verosímil. Probablemente el explorador francés subestimó su nombre creyendo en una gran

conquistando la margen izquierda del Tuira y las altas mesetas del sudeste del Darién;³¹¹ luego se instalan sólidamente en la ribera izquierda del Bayano³¹² y amplían su zona de influencia hasta el río Pequení, en el istmo central de Panamá, en donde los encontramos actualmente³¹³ al norte de la cuenca del lago Alajuela.

En realidad este avance de los chocóes había sido facilitado por la presencia en el Darién de una densidad creciente de poblaciones de color de origen colonial, tanto autóctonas, sobrevivientes de trabajadores de minas o servidores de las pocas autoridades hispánicas, como también inmigrantes de Colombia (negros, mulatos y zambos más bien del vecino Chocó) quienes habían expulsado a los cunas de los cursos inferiores de los ríos.³¹⁴ Las técnicas de cultivo de la agricultura de roza en su más elemental expresión combinadas con la explotación depredatoria de las maderas tropicales para la exportación, en particular de la caoba, del caucho y de la tagua exigen, para cada grupo, la constitución de un enorme terrazgo agrícola que se amplía en proporción al aumento de la población y a la intensificación de la actividad extractiva. Estos darienitas de color, 488 empadronados en 1760 ya lo vimos, son estimados en aproximadamente un millar de individuos³¹⁵ hacia 1854 que se transformarán, rápidamente, en 6,866 habitantes censados en 1911.³¹⁶

d) *Las coyunturas extremas y el paso a las islas*

Todo nos hace pensar que es a mediados del siglo XIX que la población de la costa norte comienza a instalarse definitivamente sobre los arrecifes y cayos de coral,³¹⁷ que sobresalen apenas más de un metro del nivel de pleamar en el hermoso archipiélago de Las Mulatas, llamado también de San Blas, típico del litoral del mar Caribe. Es difícil invocar, para explicar este hecho, la presión de los números sobre un litoral estrecho puesto que nunca los cunas fueron menos numerosos que en ese momento. Las servidumbres diarias impuestas a los indígenas por la falta de agua potable sobre las islas de coral, alejadas de la costa por varios kilómetros, no alentaban una mudanza tan decisiva del sitio de residencia principal.³¹⁸ Si dudamos en reconocer, por falta de pruebas contundentes, un

sobremortalidad femenina. A. PINART, que permanece en Panamá entre 1882 y 1884, los estima en 500 individuos, muy mestizados con los negros, op. cit., pp. 35-36 y 117-132.

³¹¹ C. VIGUIER, op. cit., p. 411.

³¹² José María REVERTE C., *Río Bayano*, Panamá 1961, p. 131. Se trataría de un movimiento migratorio que acababa de ocurrir.

³¹³ V. A. CABALLERO y B. L. ARAUZ, «Inmigración de indios chocoes en Río Pequení y algunos aspectos de su cultura», en *Hombre y Cultura*, N° 1, Panamá 1962, pp. 44-62. Ellos datan en 1956-1957 la llegada de los primeros chocóes a esta región, p. 48.

³¹⁴ C. VIGUIER, op. cit., p. 412.

³¹⁵ L. CATAT, op. cit.

³¹⁶ Negros y mestizos censados en 1911 en los distritos de Chepo, Pinogana y Chepigana que correspondían a la mayor parte del Darién histórico. Se exceptúa la comarca de San Blas puesto que allí no se empadronan poblaciones negras o mestizas en este censo.

³¹⁷ D. B. STOUT, *San Blas Cuna Acculturation: An Introduction*, Nueva York 1947. El autor no cree que los cunas hayan emigrado hacia las islas antes de mediados del siglo XIX. Los documentos conocidos anteriores a esta fecha no hablan nunca de la presencia de indios en las islas. El doctor E. CULLEN declara, en 1853, que «los indios costeros viven enteramente sobre la costa y se mantienen fuera de las islas y cayos, y no van al interior, mientras que los del interior raramente visitan a la costa», op. cit., p. 68.

³¹⁸ Un movimiento continuo de ida y vuelta entre las islas y tierra firme es uno de los rasgos típicos de la región. José María REVERTE, «Navegación entre los indios cunas», en la revista *Lotería*, N° 71, Panamá octubre de 1961, pp. 6-14.

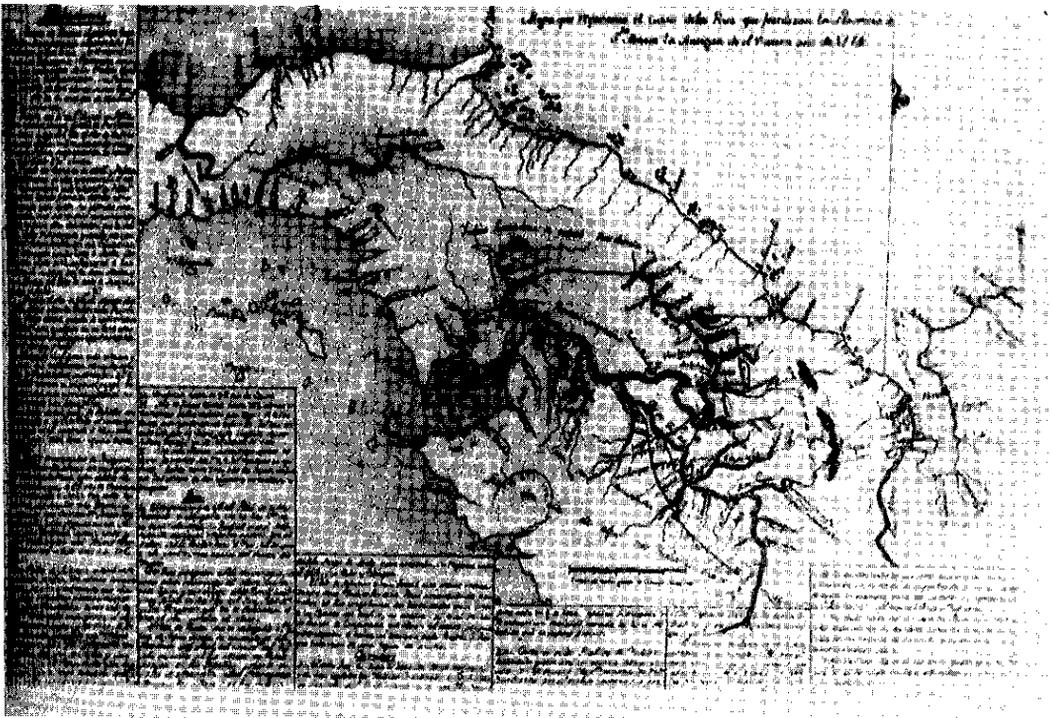


Fig. 21. El Darién según Andrés de Ariza en 1774.

mejoramiento técnico de los transportes marítimos entre los cunas que hubiese permitido un abastecimiento más fácil (sobre todo de agua) de una población bastante importante que podría así vivir en lugares más saludables (las islas), hay que considerar otra hipótesis psicológica-ecológica. El estrecho litoral norte del Darién, sometido a fuertes precipitaciones orográficas (promedios anuales actuales que oscilan alrededor de 2,000 mm. por año) reunía condiciones necesarias para la aparición de una vegetación clímax de selva húmeda tropical. Además, la naturaleza del mismo suelo en muchos lugares, en las desembocaduras de los pequeños riachuelos que descienden rápidamente de las próximas alturas de San Blas (sólo 10 a 15 kilómetros de longitud cada uno), ha creado las condiciones propicias para la aparición de áreas de vegetación halófila, de manglares casi al nivel del Caribe. La débil amplitud intertidal, no mayor de 1 metro, y playas de costumbre serenas protegidas de las violencias del Caribe por la barrera de coral, propicia la permanencia de materias vegetales que se pudren en el mismo lugar. Todo ello alentaba la aparición de microambientes favorables a la eclosión de vectores portadores de la malaria y de fiebres palúdicas. Mientras hubiese una población suficiente para mantener amplias zonas de claros, desmontadas y dedicadas a cultivos anuales o permanentes, la costa era un lugar atractivo para el poblamiento. Esto parece ser cierto en la primera mitad del siglo XVIII por lo menos.

Al contrario, a medida que la población se hace más escasa, a medida que la mano de obra falta, se descuidan las rozas de maíz y tubérculos y los palmares, y el matorral húmedo comienza a invadir el terrazgo agrícola acercándose cada vez más, y muy peli-

grosamente, a las exiguas aldeas. El hábitat tipo de ocupación del espacio, el sistema colectivo de hábitat sobre la costa en una multitud de pequeños caseríos que se establecen como un rosario a lo largo de los casi 300 kilómetros de costas del arco litoral de San Blas desde el golfo de Mandinga hasta la boca del Atrato, dispersa los esfuerzos y favorece la invasión de la selva en muchos puntos al mismo tiempo. Los diarios de los oficiales de las expediciones militares desde 1786 hacen desfilar, ante nuestros ojos, día a día, casi que hora por hora, este paisaje tachonado de pequeños grupos de chozas y su terrazgo de bananales, campos de maíz, yucales y palmares. Ellos nos hacen descubrir muy a menudo grupos diferentes de algunas decenas y hasta más de un centenar de individuos que o bien se lanzan en una lucha agotadora de guerra de guerrillas, o bien se libran con toda complacencia al comercio del trueque con el enemigo. Hay que considerar también un punto crítico de densidades más acá del cual el equilibrio demo-ecológico se rompe en provecho de la selva tropical devoradora del espacio, maraña invasora que sitia a un grupo cada vez más impotente para empujarla hacia atrás, grupo que se reduce paulatinamente y no tiene los instrumentos tecnológicos para superar, de esa forma, la pequeñez de su demografía. Este punto crítico se acerca sin duda gracias a los efectos de la campaña militar española de fines del siglo XVIII. Precisamente la expedición bélica, diezmada más por las enfermedades que por la resistencia indígena, provocó un efecto de «choc», un trauma en el sentido físico de la palabra (muerte de indígenas por actividad militar pero más bien por contaminación patógena) que acelera brutalmente la tendencia hacia la caída demográfica de la región. Eso es precisamente lo que no tarda en producirse.

Ya hemos visto cómo a lo largo de los últimos 50 años del siglo XVIII esta población cuna, por razones diversas, pierde más de la mitad de sus efectivos. A mediados del siglo XIX ella ha verosímilmente alcanzado el punto crítico llegando a sólo cerca de 3,700 individuos registrados en 1854 y probablemente un mecanismo de supervivencia ha podido funcionar: aquel de la conciencia colectiva profunda que advierte a un grupo de su desaparición si no toma opciones fundamentales (en este caso el desplazamiento del sitio de hábitat permanente). Sin entrar a probar la validez universal de esta hipótesis, tenemos que efectuar una constatación: la emigración hacia las islas,³¹⁹ que podemos datar a mediados del siglo XIX, se acompaña de un aumento rápido de la población cuna del Darién³²⁰ que es únicamente imputable a un esfuerzo de fecundidad de sus propias poblaciones excluyendo toda inmigración realmente significativa.

* * *

No cabe duda de que el principal fenómeno demográfico del Darién ha sido, después del aniquilamiento casi total de su población amerindia a la llegada de los europeos a prin-

³¹⁹ Los mismos cunas hablan de la existencia de una enfermedad epidémica que los obligó a pasar a las islas. E. NORDENSKJOLD, op. cit., también recoge testimonios de migraciones históricas de los cunas de la costa de San Blas que se conservaban en las tradiciones e inclusive en el recuerdo de los aborígenes a principios del siglo XX. Igualmente, José María REVERTE, en *Río Bayano*, op. cit., p. 168, nos informa del último desplazamiento de todo un grupo, los Valas, quienes atraviesan la cordillera en 1946 para establecerse en el litoral de San Blas.

³²⁰ Eleanore Y. BELL en su *Annual Report of the Board of Regents of the Smithsonian Institution... 1909*, Washington 1910, pp. 607-637 nota el inusitado crecimiento de la población cuna.

cipios del siglo XVI, la intensa migración de sus nuevas poblaciones. Migraciones que conciernen a cuatro grupos étnicos que compartirán, en diversos momentos de su historia, la geografía del corazón del Darién: negros coloniales, chocóes, cunas y, recientemente, campesinos de las provincias centrales. La mayor parte de los aborígenes del Darién que conoció Colón, Balboa y Fernández de Oviedo, de lengua cueva,³²¹ desaparecen del escenario darienita muy rápidamente de modo que los últimos reductos no habrán de superar el siglo XVII. El vacío demográfico creado en el Darién por las violentas acciones de la conquista habrá de ser llenado lentamente por una inmigración de poblaciones de lengua cuna que irrumpen a partir del Atrato colombiano, con mayor fuerza desde principios del siglo XVII, empujadas por los indígenas del grupo de lengua chocóe y por negros darienitas cuyos ancestros han sido importados para ocuparse esencialmente de la actividad minera.

Durante los siglos XVII y XVIII los indígenas cunas comparten el Darién con los negros del lugar y llegan hasta la costa norte, pero en esta última centuria las poblaciones chocóes han logrado, aunque tímidamente, presentarse en las cuencas hidrográficas del Darién meridional y continuar, sobre todo en el siglo XIX, una acción decisiva que los hará apoderarse de gran parte del territorio darienita y acelerar la migración cuna hacia la costa del Caribe.

El siglo XVIII, de asentamiento de las sabanas del interior del país, el que abre definitivamente las virtualidades del crecimiento demográfico y registra el fortalecimiento de la articulación de su espacio geográfico, fue para el Darién, al contrario, el siglo perdido. Allí pareciera que todo es un eterno recomenzar. Culpa de ello atribuye, posiblemente su más agudo observador, su gobernador desde 1774, Andrés de Ariza,³²² a sus compatriotas, a las autoridades que gobiernan el Istmo, torpes y ligeras en sus relaciones con los indígenas darienitas, a los curas destacados en la provincia, viciosos y codiciosos y a los milicianos y otros pocos españoles asentados en el Darién, muelles e indolentes. El resultado final es la postración y el abandono, la fragilidad demográfica, la inmovilidad de la sociedad y la desorganización de un espacio que se lega, al siglo XIX, casi como lo encontramos dos siglos antes, quizás hasta en peor estado.

A lo largo de cuatro siglos el Darién permanece, a pesar del carácter inquieto de sus poblaciones aborígenes y de su intensa migración, y a causa de la persistencia de un régimen demográfico de tipo antiguo, observado principalmente en poblaciones primitivas semejantes a las neolíticas, como un gran vacío demográfico. Allí, el desierto humano que fue el istmo panameño en el siglo XVI después de la conquista, continúa vigente hasta principios del siglo XX. La población, que no ha superado la tecnología incipiente de la caza, pesca y recolección o de la agricultura de «roza» muy extensiva, ejerce sobre el espacio darienita una débil presión numérica: nunca, durante este largo período, las densidades globales exceden la cifra de un habitante por kilómetro cuadrado, aunque los matices locales revelen en ciertos puntos densidades intensas: la

³²¹ Sobre ello consultar a Reina TORRES DE ARAUZ, quien en **Panamá Indígena**, op. cit. p. 57 señala que «no es posible...identificar las culturas encontradas por los hispanos a inicios del siglo XVI con las que sobreviven hoy, a más de cuatro siglos de distancia histórica... y que los testimonios documentales permitirían...hacernos una composición clara de ese Darién ocupado en el momento de la conquista por una mayoría de población Cueva, que ejercía fuerte hegemonía en la región, pero con algunas avanzadas Cunas que posteriormente habrían ocupado el territorio. El avance Cuna fue beligerante y agresivo...», p. 61.

³²² Andrés de ARIZA, «Comentarios de la Rica y Fertilísima Provincia del Darién Año de 1774», op. cit., sobre todo pp. 109-115 y 136-137.

mayor parte de los habitantes del Darién se han agrupado en las riberas de ciertos ríos, sobre la costa norte y, más recientemente, también en hábitat concentrado sobre las islas de coral del litoral caribe.

En conjunto se puede afirmar que el territorio del Darién ha sido legado más bien como un espacio vacío en donde se habrán de desarrollar, después de las primeras décadas del siglo XX, frentes de colonización pionera que lo integra, con lentitud y a pesar de las resistencias de ciertos indígenas, a la organización espacial nacional.